



Con fecha 27 de septiembre de 1969, el R. P. Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús, dirigió a toda la Orden una carta sobre la renovación que viene efectuándose de acuerdo al espíritu del Concilio Vaticano II.

---

## **PEDRO ARRUPE**

# **habla a los Jesuitas**

---

Queridos Padres y Hermanos:

**"Han pasado tres años desde la Congregación General XXXI.**

Durante este lapso de tiempo ha procurado la Compañía promover su 'renovatio accommodata', esforzándose por aplicar los Decretos de la última Congregación General, en el espíritu del Concilio Vaticano II. Tal proceso de renovación ha manifestado un extraordinario dinamismo con no pocos efectos positivos; también han aparecido algunos errores y desviaciones que, en situación tan compleja como nueva, no podían faltar.

He comprobado especialmente en estos últimos meses la vitalidad apostólica de la Compañía al encontrarme con no menos de 80 provinciales y viceprovinciales de todas las provincias, y al tener contacto con otros muchos jesuitas y no jesuitas. Podrá haber defectos y abusos, pero prevalece la buena voluntad de servir al Señor acompañada de realizaciones apostólicas bien apreciables.

La mayor parte de los jesuitas realizan un trabajo callado muchas veces, pero de extraordinario valor, un trabajo que no siempre atrae la atención de quienes

buscan únicamente cierto sensacionalismo publicitario.

Realidades esperanzadoras son asimismo la iniciativa y creatividad de individuos y comunidades, así como el esfuerzo de los superiores por inspirar, dirigir y discernir las múltiples propuestas y sus resultados. La Compañía trata así de saber cuál es el modo mejor de "servir a Dios y a la Iglesia bajo el Romano Pontífice" en esta época post-conciliar.

Hora de innegable transcendencia para la Iglesia y no exenta de serias dificultades; en ella conserva la Compañía una importante misión en la línea de su carisma. Según Pablo VI: "La Iglesia tiene necesidad de vuestra ayuda... Nos esperamos mucho de vosotros..." (Aloc 16 nov. 1966); entre la Iglesia y la Compañía hay "una solidaridad especial...", que constituye al mismo tiempo una carga, un deber y un compromiso e impulsa el sentido de la responsabilidad por todos los medios hacia la fidelidad más absoluta". (Aloc. 21 abr. 1969).

El mundo, la Iglesia y la misma vida religiosa están pasando por un período de grandes dificultades y problemas.

La Compañía con la extensión y variedad de sus contactos y actividades apostólicas, no puede menos de sentir también esos problemas y dificultades. Es como una caja de resonancia de los problemas mundiales. Siempre ha estado allí donde hay más necesidad aunque sea con los mayores riesgos y peligros.

Surge hoy una problemática característica: no aquella sana y objetiva y en cierto modo impersonal que siempre ha existido en mayor o menor grado, sino la que afecta al individuo mismo en lo más profundo de su ser existencial.

Hay religiosos que hasta dudan de la posibilidad de la vida religiosa en el mundo secularizado de hoy, y aún en la misma Compañía ha habido quien se ha preguntado: ¿Tiene ya la Compañía 'razón de ser'?

La disminución numérica de la Compañía en estos últimos años llena a muchos de ansiedad, tanto por el aumento de las salidas como por la disminución de las vocaciones. Es ciertamente triste ver separarse de nosotros a hermanos a los que hemos estimado y querido tanto. No se podrá en algunos casos excluir la responsabilidad de los formadores, superiores o comunidades con quienes han convivido. Será necesario recordar en otros las palabras que San Ignacio escribió en las constituciones: "Ayudará no se admitir mucha turba de personas a profesión ni se retener sino personas escogidas, aún para coadjutores formados o escolares. Porque la grande multitud de personas no bien mortificadas en sus vicios, como no sufre orden, así tampoco unión, que es en

Cristo nuestro Señor tan necesaria para que se conserve el buen ser y proceder de esta Compañía" (657). Decía San Ignacio que si algo le había de hacer desear vivir... sería "el ser difícil en admitir en gente para la Compañía" (MI, Fontes narrativi II, 475-6; 1,66).

Examinando las solicitudes de dimisión, dentro de la pena que produce el concederlas, se entiende que se llegue a presentarlas. Si un jesuita aunque sea bajo pretextos apostólicos, deja la oración personal, durante la formación rehuye toda dirección espiritual, de estudios o trabajo, busca contactos y diversiones mundanas y lleva una vida completamente secularizada privándose de toda perspectiva apostólica, no es de asombrarse que llegue un día en que con toda sinceridad se pregunte: '¿Para qué estoy en la Compañía? Lo que hago actualmente, lo podría hacer mejor como seglar...' Y ciertamente no le falta razón, si desea continuar tal género de vida.

Preocupa también la falta de vocación en muchos países. La confusión de ideas, el temor a un compromiso perpetuo, la falta de vida familiar, la revalorización del apostolado seglar, la languidez que puede darse en algunos ministerios carentes aún de la necesaria reorganización y 'aggiornamento', hacen, entre otros motivos, que sean menos los jóvenes que piensan en la vida religiosa.

Y con todo, hay muchos jóvenes generosos y decididos a trabajar por Cristo, la Iglesia y la humanidad. ¿Quizá los hay más que nunca! Pero desean una vida que les garantice la realización del ideal que bulle en su mente juvenil; quieren una espiritualidad profundamente evangélica, fuerte, abierta, exigente; persiguen un fin que "merezca la pena" y en una forma de vida y actividad moderna.

Al joven de hoy no le atraen las formas rígidas u obsoletas, pero tampoco las superficiales, fáciles e inurbanas.

Argumentos convincentes para despertar vocaciones seguirán siendo la persona de Cristo, la total dedicación apostólica y misionera de la Compañía, el servicio a la comunidad humana en que vivimos, el testimonio de estima de la vocación, que se transparente en nuestra paz y en nuestra alegría. ¿Cómo no habrían de disminuir las vocaciones si nosotros mismos apareciéramos como víctimas de una sensación de frustración?

Dentro de la Compañía, el mismo dinamismo comunitario impulsa a la búsqueda de nuevas formas de vida y apostolado. Nuevos y bien planeados experimentos han dado frutos magníficos; otros, improvisados o menos preparados, han conducido a veces a efectos contrarios de los que se pretendían." ♦